

ce, y despues el puñal, el revolver, el cañon de batir, el mortero, la ametralladora.

Esta es la gran unidad moral formada por Lucifer para oponerla á la unidad indestructible de la verdad de la Iglesia y de su cabeza visible: unidad de toda clase de crímenes contra todas las virtudes; unidad de todos los malos para destruir á los buenos; unidad de poderes mundanos contra el poder celestial; unidad de usurpaciones inícuas contra el derecho dado por Dios. Es esa la gran liga, de que habló el Profeta, al decir: *uniéronse en congreso los reyes de la tierra, y se juntaron los príncipes*, para deliberar lo que habian de hacer *contra Dios y contra su Ungido*: y en este congreso tomaron todos un acuérdo unánime diciendo: *rompamos sus vínculos, sacudamos su yugo*. (1) Esa fraternidad, tan altamente proclamada, desde hace un siglo, como signo de coalicion entre los que se reunen para atacar las instituciones que ponen un freno á lo malo, es la liga que tiene formada el infierno con todos sus fieles servidores que viven en la sociedad humana, los cuales están juramentados para no dejar jamás vivir en paz á los que adoran á Dios en espíritu y verdad. Pero nosotros, los que vivimos en el seno de la Iglesia católica, donde solo se adora á Dios, como él lo quiere, nosotros que estamos íntimamente unidos al que representa al Ungido del Señor, sabemos y creemos firmemente que el Señor que habita en los cielos, se rie de esa fraternidad luciferina, y *les hablará algun dia en su ira*. (2) Algunas veces la liga es más impotente por sus ataques y su mayor gritería, como lo veremos ahora: pero sucederá siempre lo mismo: *el Altísimo se burlará de ellos*.

CAPITULO V.

LA GRAN PROTESTA.

Cuando se tiene fe, y se sabe por ella que hay potes-

(1) Psal. II, vv. 2, 3.

(2) Ibid., v. 4.

tades tenebrosas que no tienen mas ocupacion que atacar las obras de Dios, no sorprenden esas revoluciones que sobrevienen contra la Iglesia. Es casi seguro que tras de algun triunfo señalado y brillante de esta sobre el error, viene en seguida una tormenta deshecha que parece que lo va á envolver todo entre sus iras. Los que ven ese desencadenamiento de los elementos contra el bajel en que va sentado el que lo guia, tienen el corazón oprimido, como sucede á los que desde la ribera observan el aspecto furibundo de las olas del mar, encrespadas por récios aquilones, en cuya hirviente espuma cien veces parece sumergirse la ligera barquilla que boga por entre profundas hondonadas de agua, arrancando á todos un ¡ay! siniestro y un grito unánime: *pereció*, dicen todos: y entre tanto, el barquero, que tiene una brújula segura y un alma llena de fe, no hace mas que ir oponiendo la aguda proa á cada ola, cuando esta va á romperse, y sube por entre sus crestas espumosas, y baja al través de espantosas barrancadas, hasta que cesan los bramidos del vendabal, las olas se allanan, y empieza á bogar con ligereza hasta llegar al puerto donde es recibido con lágrimas de gozo. Así marcha la nave de la Iglesia, y así marchará hasta el fin.

El piloto que la guia, es aquel Pescador, que vive y preside por sus sucesores en su antigua navecilla: tiene una brújula imantada en una piedra que dice: *no prevalecerá*: (1) tiene una alma grande y serena; porque sabe que el que le mandó navegar por este oceáno turbulento, dice á los vientos: *callad, enmudeced*: y cesan al momento; y viene una calma completa. (2) En estos dias precisamente acaba de suceder esto: gran triunfo de la Iglesia: gran tormenta de Satanás. La Iglesia católica congregada en el Espíritu Santo ha enseñado como dogma de fe, que el Vicario de Cristo es infalible, cuando como Pastor universal y Doctor de todos los cristianos declara cual es la verdadera fe y la doctrina que Dios nos ha revelado, y que esta verdad de fe está contenida

(1) Mat., cap. XVI, v. 18.

(2) Marc., cap. IV, v. 39.

en las sagradas Escrituras, y ha sido enseñada siempre por los Santos Padres, y profesada por todos los pueblos católicos del orbe, lo que ha sido un triunfo sobre el error oculto entre mil formas seductoras; y al momento vino una gran tormenta. Esta tormenta es una protesta ruidosa del enemigo.

No era posible que el furor del infierno se contuviese dentro de aquel pecho, que es el arsenal, donde se fraguan las iras y los rayos, los vientos y las tormentas que caen como furias, bramando contra la nave del Pescador. Demos todavía un vistazo á lo que ha ocurrido en tiempos pasados, y esto nos explicará lo que está pasando hoy con la Iglesia. Ese magisterio infalible y esencialmente uno del sucesor de Pedro, es lo que carcome y corroe con mas fuerza el corazon de Lucifer. Hace ya mil años, que levantó un verdadero ejército de tropas auxiliares, en las cuales militaban naciones enteras, cuyas frentes ceñían antes tantas aureolas de gloria, cuantos eran los doctores santísimos que la formaron y embellecieron desde los Apóstoles, desde San Ignacio y San Policarpo, hasta el gran Gregorio de Cesarea del Ponto, San Basilio y San Crisóstomo, los Flavianos, Tarasios y Germanos. Eran un cetro imperial, muchas mitras episcopales, y no pocas coronas patriarcales las que formaban al frente de estas naciones, animadas al combate por los Focios y los Cerularios, gritando estos que el Obispo de Roma no era el Maestro universal, y que solo mandaba en el Occidente, pero no en los patriarcados fundados por emperadores poderosos, ó por Apóstoles, tan Apóstoles como Pedro. Esta doctrina sembró Satanás; más, entre tanto, un tupido velo de ignorancia cayó sobre aquellas iglesias, que brillaban antes como estrellas del firmamento; un yugo cesáreo, pesado como el hierro, abrumó las cabezas, donde antes brillára el rayo glorioso de una autoridad sagrada; el Oriente vaciló y se degradó, y la autoridad del Vicario de Cristo se afirmó más y más, y se robusteció.

No paró aquí la maquinacion del infierno: protestando siempre contra la autoridad del Pontífice romano, hizo que el cisma, que habia marchitado las risueñas regio-

nes del Oriente, se trasladase á las que el hielo vuelve tan frias, como fria es y glacial la indiferencia del impio, y la impasibilidad con que el tirano aplasta con mano de hierro al inerme y al débil. Ya que no era posible despojar al Vicario de Cristo de las prerogativas que este le habia dado, empezó Satanás á protestar contra su unidad, enseñando á sus fieles servidores otro camino, que fué el de conferir la supremacía religiosa á los monarcas de cada nacion, ó pretender que el magisterio del romano Pontífice no existe en su persona sola, *in solidum* en todos los Obispos, en el consentimiento de toda la Iglesia; y que no tienen valor sus decisiones dogmáticas, si no las aprueban todos los Pastores del mundo católico. Nada importaba al error caer en la mas flagrante contradiccion con el Evangelio, que manda á los Apóstoles y sus sucesores, que sean perfectos como lo es el Padre celestial, (1) para que puedan ejercer dignamente su autoridad espiritual; ni que esos jefes de iglesia, creacion del orgullo satánico, no sean de aquella naturaleza moral que el mismo Jesucristo describe en el Evangelio, mandándoles que dejen cuanto tienen por su amor, si han de ser perfectos; es decir, padre, madre, mujer ó hijos, y aun á sí mismos, (2) expresando así la diferencia esencial de vida entre el que ha de ser sucesor de los Apóstoles y dispensador de los misterios de Dios, y el que no puede serlo. Tampoco le importaba, poco ni mucho, al padre de toda contradiccion invertir en las operaciones del cuerpo místico de la Iglesia el orden natural que vemos, y ve cada sér racional por el sentido íntimo, en las del cuerpo animado por alma racional; el cual consiste en no mandar los miembros en las operaciones de la cabeza, no siendo necesario, sino muy absurdo y destructor, que la cabeza no discurra, si no lo consienten las manos y los piés; pues esa pretension solo sería digna de los habitantes de un manicomio, no del hombre que piensa y discurre segun los preceptos de la ley eterna.

[1] Mat., cap. V. v. 48.

[2] Luc., cap. XIV, v. 26.

66

Pero el asunto era destruir por la division la unidad indivisible del magisterio universal del sucesor del Príncipe de los Apóstoles, ó poner en ridiculo la autoridad que Dios le ha dado, colocándola tambien en hombres que distan de la perfeccion evangélica, mas que el Artico del Antártico. Así vemos, que usurparon el honor de su magisterio, hombres que decian que la revelacion la tenían ellos en las bocas de sus cañones y en la punta de su espada, y se jactaban de que para sostenerla contra quien otra cosa dijese, tenían murallas de agua salobre con miles de naves, mares helados que los defendian de toda contingencia, y desiertos brumosos, donde reproducir los decretos de los Césares paganos contra los Pontífices y Obispos, que no reconocian en el emperador romano autoridad ni jurisdiccion sobre la religion de Jesucristo y la constitucion de su Iglesia. A tal extremo de necesidad llegó el inspirador de la mentira, que pretendió revestir de esa autoridad divina, no solo á hombres de brazo hercúleo y al Estado civil, sino tambien á manos femeniles; no advirtiendo que ni los pueblos bárbaros, ni el paganismo en medio de tantas necesidades como cometió, han pensado jamás en hacer de la mujer una sacerdotisa, porque la razon natural misma la aleja del altar, aunque sea el de un ídolo.

A este ataque de enemigos exteriores que Satanás ejecutó contra el magisterio del romano Pontífice, planteando en tronos mundanos la herejía y el cisma, sucedieron otros, mas terribles y formidables por sus formas y circunstancias, ocasionados por el abuso de la inteligencia de unos y del poder de otros, y llevados á cabo en el seno mismo de la sociedad católica, por hombres que se creian sin el honor de la magestad, si despues de una arenga dirigida á una asamblea de sábios, no salia de sus lábios una sonora protestacion de su acendrada devocion al Vicario de Cristo, y de sincero y bien razonado catolicismo. Nosotros creemos, decian algunas de aquellas inteligencias, que el Vicario de Cristo es el maestro de la Iglesia; pero no por eso tiene el derecho de definir cuál es el sentido que tienen nuestras doctrinas en sí mismas, sino segun nuestra mente; concedemos

67

que puede él enseñar en materias de fe y de doctrina; pero si impone obligacion de creer sus resoluciones, no basta un silencio respetuoso, no obligándonos la sumision interna de nuestro entendimiento: conserve él sus fueros de magisterio, pero no quite al doctor y al maestro los derechos de su libre accion interna. Creemos, decian otros, que el Sumo Pontífice es el maestro supremo de la Iglesia; pero, habiéndosele prometido á esta la asistencia del Espíritu Santo, y conferídose á todos los Apóstoles el magisterio del mundo, preciso es que el Pontífice consulte á los sucesores de estos, antes de enseñar á la congregacion de los fieles; y si no lo hiciere, si los sucesores de los Apóstoles no están todos unánimes, ó si no consienten en su doctrina, tácita ó expresamente, no podemos concederle el don de la infalibilidad del magisterio sobre todo el orbe católico. Pronto se apoderaron de estas teorías, disolventes de la unidad del magisterio universal de la Iglesia, los poderes suspicaces del mundo, que, envueltos en manto de catolicismo, querian conservar oculta la tendencia de concentrar en el respaldar de su trono la espada y el báculo, y sobreponer las coronas á la tiara. Llegado el momento oportuno, ya no dudaron algunos en dirigir mandatos á los Pastores de las Iglesias, para que tuviesen entendido que en su reino no habia mas que una voz de imperio y potestad, que era la suya, y en virtud de la cual ordenaba que se enseñasen y admitiesen las doctrinas que él prescribia respecto de la autoridad y el magisterio del romano Pontífice. (1)

(1) No hay quien lea esto, sin que entienda que estamos hablando de la época célebre del tiempo del rey de Francia Luis XIV, y en especial del espacio que medió entre los años de 1651 hasta el de 1682; y como al tratarse de lo que dió lugar á tantas disputas, se entiende al momento que se habla del galicanismo y se atribuye esta doctrina al por mil y mil motivos venerable, Clero de las Galias, debemos decir, aunque muy de paso, que jamás, en los tiempos que precedieron al concilio de Constanza, el sapientísimo Episcopado de esa nacion, no solo profesó pero ni soñó en semejantes doctrinas, como lo prueban documentos irrefragables de los tiempos de Carlo Magno, que pueden verse en las actas del Concilio de Francfort: que esas doctrinas fueron arrojadas al mundo por Pedro de Aliaco y Juan Gerson, quizás de buena fe, en la época del mencionado Concilio de Constanza, creyendo que con ellas se daría fin al cisma de cincuenta años: que tampoco despues

Poco hay que discurrir, para echar de ver el ataque terrible que se daba con esto al principio de autoridad, que el soberano Pontífice ejerce en la tierra por delegación especial de Dios mismo. Era esto el primer disparo, por decirlo así, de una guerra que el poder secular, llámese como se llamare, cesáreo ó régio, declaraba al espiritual, revistiéndolo de formas desconocidas en épocas anteriores. Desde luego, la autoridad del Vicario de Cristo venia á ser una cosa indefinida, y quedaba involucrada entre mil ideas confusas, y amarrada entre tantos grillos, cuantos fuesen los obstáculos que quisiese poner el poder civil á la ejecución de sus mandatos. Aun en la hipótesis de que las doctrinas erróneas de que se han servido las potestades mundanas para avasallar al Vicario de Cristo, no hubiese sido sino un objeto de discusión académica, en el solo hecho de permitirse la discusión, se abría una brecha enorme al principio de autoridad: ¿Qué tenían que oír, en efecto, los hombres en esas disertaciones? Que en materia de enseñanza, la fuerza extrínseca que se forma del parecer de muchos sábios, es de más peso que la intrínseca del que ha recibido autoridad para enseñar: que en punto á autoridad, vale más la que

la siguió el Episcopado de las Galias, como lo atestiguan las cartas que todo este respetabilísimo cuerpo de Pastores escribió al Papa Inocencio X en 1653 en ocasión de haber condenado este los errores de Jansino, y á su sucesor Alejandro VII en setiembre del mismo año, y en 1660 como puede verse en los monumentos históricos: (D' Argentré, Collect. Judic., t. III part. 2.) y por fin, que el empeño para que se aceptasen esas doctrinas, contrarias á la fe implícita ó explícita de la Iglesia respecto de las prerogativas del magisterio del romano pontífice, fué obra exclusiva del poder secular, al cual nunca se sometió en ese punto el Clero galicano; porque diremos de paso, que el ministro Colbert tuvo que dar diez y siete decretos, todos de coacción, para que las facultades de teología archivasen las doctrinas que jamás habia profesado la Iglesia de Francia; amenazó con destierros á los catedráticos si no las admitían, y negó el salario á los que se negaron á ello, ni mas ni menos de lo que sucede hoy en otros países al Clero que no quiere jurar una Constitución jatea; y que además, los treinta y cuatro Obispos reunidos en asamblea por Real orden, no representaban al Clero, y aunque hubiera sido así, despues se refractaron de sus opiniones erróneas, por haber sido condenadas las actas de su asamblea por Inocencio XI y Alejandro VIII. No podíamos continuar escribiendo sobre la materia de este capítulo, sin esclarecer este punto, y pagar el tributo de justicia al glorioso Clero de Francia.

se forma por la union de muchos entre sí, que la que posee por derecho uno solo. No bastó entre tanto la simple discusión en los liceos: los potentados del siglo tomaron esas doctrinas como otros tantos arietes, para asestarlos contra la piedra fundamental del edificio de la Iglesia, dando esta temeridad tres resultados deplorables, el de haber ellos mismos puesto una mina de pólvora á sus tronos, el de haber destruido en la sociedad el principio de autoridad, y el de haber abierto ancha vía á la filosofía del racionalismo para que publicase sus dogmas subversoras contra la sociedad, contra la Iglesia y contra su cabeza visible.

Recórranse, aunque no sea sino como quien lee un elenco, las doctrinas que enseñan sobre la autoridad y sobre la Iglesia, y hay bastante para que se hiele á uno la sangre en las venas. A la autoridad se le señala el origen en la muchedumbre unificada: se hace al hombre dueño absoluto de sí mismo en gobierno y en doctrina, siguiéndose á este absurdo el de afirmar que siendo el hombre libre en sus pensamientos y acciones, nadie puede ejercer imperio sobre su entendimiento, ni imponerle creencias. Se predica que el Estado es el todo, y la Iglesia una parte de él: que toda jurisdicción que se ejerce en él, es una emanación del mismo Estado: que el Papa es un soberano extranjero, cuyas Letras Apostólicas no tienen valor alguno en las naciones, hasta que no las admita la potestad civil y el pueblo las acepte; y por fin, que la Iglesia no tiene mas derecho de enseñar, que el que la den los gobiernos.

A tan deplorable extremo ha llegado la enfermedad de las inteligencias. Confusion semejante en ideas sobre el origen de la autoridad no se ha visto jamás, ni tinieblas tan densas como estas habian intentado envolver al mundo en un manto de errores mas antisociales, desde que Jesucristo disipó con su celestial doctrina los antiguos; y de seguro, la sociedad no se ha enredado en este laberinto de teorías destructoras de su bien estar temporal y que tienden á sobreponerse á Dios y á alejarlo del consorcio humano, sino por efecto de haber acariciado los reyes á los herejes, cismáticos y filósofos impíos,

que han atacado sucesivamente el magisterio del romano Pontífice, y haberse servido muchos de ellos de esas mismas doctrinas, para hacer la guerra, unas veces oculta, otras paladina, al que Dios les dió por padre, moderador y maestro. Y ¿qué ha resultado de esa protección dispensada á las malas doctrinas? Apenas puede contestarse á esta pregunta sin derramar lágrimas; se ha desenvuelto, y ha tomado ya proporcion gigantesca esa llamada civilizaci6n moderna, aniquiladora de la moralidad, destructora de la fe, empobrecedora de los entendimientos, sepulcro de las ciencias, sembradora de un oscurantismo deplorable, materializadora de las ideas que subliman al hombre, y verdugo de la sociedad.

Pero Dios en su misericordia está siempre velando por los hombres; y cuando el mundo, que se apellida ilustrado en las tinieblas de la mentira, llegaba á este estado de miseria profunda, se ha dignado disipar ese horrendo caos. Levant6se Dios, y, lo diremos con el Profeta, *se levant6 el Señor*, con el brio del hombre robusto que ha dormido bien, despues de haber comido y bebido regaladamente. (1) Levant6se; como se levant6 para romper el caos primitivo del mundo envuelto en los pañales de su infancia, y ha dicho en alta voz: *hágase la luz*. (2) Y en efecto, la luz ha sido hecha: este Señor ha congregado en su santo espíritu á toda la Iglesia docente; y esta, despues de haber registrado las Escrituras, y desentrañado los misterios que encierran; despues de haber recorrido, uno por uno, los Santos Padres, conservadores de las tradiciones divinas: despues de haber examinado las palabras y el sentido de todos los Concilios, el sentido comun de toda la Iglesia, y la doctrina que constantemente ha profesado desde la subida de Cristo á los cielos hasta hoy, ha declarado, confirmándolo con su voz el Vicario de Cristo. que este es infalible en sus decisiones en materia de fe y costumbres, y que no puede errar por asistencia especial del Espíritu Santo, cuando, en calidad de pastor universal y Doctor de todos los cristianos, declara lo que se ha de creer como verdad de fe, y

(1) Psal. LXXVII, v. 65.

(2) Genes., cap. I, v. 3.

lo que se ha de obrar en conformidad con los principios de la ley de Dios. Y con esta declaraci6n solemne, la Iglesia ha dado muerte á todas las herejías, á todos los cismas, y á todas las invasiones de los poderes humanos contra la autoridad de la Iglesia y sus atribuciones; ha aniquilado, además, esas doctrinas que tienen al mundo convulso y desquiciado; presentando al sucesor de Pedro como sol de las inteligencias, columna de la sociedad, fundamento único visible de la fe, maestro de todos los hombres, Obispo de todos los Obispos y de todas las Iglesias y de todos los fieles; ha hecho tambien con esta declaraci6n, que se arrollen como pergamino vetusto todas esas teorías revoltosas, que turbaban la quietud de las inteligencias, y caigan desplomados esos colosos, con pretensiones de poder espiritual, de los cismáticos y herejes, y los malos cat6licos como cay6 la estátua gigantesca de Nabuco, que por tener cabeza de oro se levantaba hasta el cielo, y fué derribada por una piedrecita bajada del mismo cielo, no dándola consistencia las piernas y los piés de miserable arcilla, mezclada de hierro. (1)

Golpe tan rudo como este apénas lo ha recibido Satanás en muchos siglos; pues ha visto reducidas á pavesas las maquinaciones de diez y nueve centurias. Sali6le al encuentro la luz de Dios y no la pudo sufrir, cayendo precipitado á su reino tenebroso. ¡C6mo! ha gritado en su furor ¿un hombre ha de ser infalible, al tratar de los misterios de Dios y de los principios eternos de justicia y de derecho? ¿Yo no pude entender jamás lo que es la humildad, la obediencia, la sumision, el espíritu de pobreza y mansedumbre, y lo entenderá él, y dará reglas infalibles como doctor del mundo? Yo estuve siguiendo los pasos treinta y tres años al Profeta de Nazareth, y no pude descubrir de quien era hijo, pues lo tuve por un miserable aldeano, oriundo de un carpintero y de una mujer cualquiera. (2) Y ¿ése hombre ha de saber los misterios de Dios, y conocer los secretos de su sabiduría? Yo no pude vislumbrar aquel misterio de

(1) Dan., cap. II, v. 54.

(2) Div. Bernard., Homil. 2ª sup. *Missus est*.

la encarnacion, que detesto por ser mi mayor tormento, ni saber jamás con plena certeza, que el Nazareno era hijo de Dios, y lo hice pasar entre los grandes de mi reino y los sábios de mi escuela por un embaucador de la plebe, por un revolucionario, enemigo de los césares, por un sacrílego, trastornador de la ley de Moisés, y por un profeta falso que engañaba con nuevas doctrinas, prometiéndome muchas felicidades, cuando él no habia querido admitir las innumerables que yo le ofrecia, padeciendo yo la horrible decepcion de sembrar iras contra él en los corazones de mis fieles servidores, para que lo aniquilasen, sin sospechar siquiera, que muriendo el inocente, se salvaba todo el linaje humano que era mi esclavo; (1) y ¿ese hombre ha de saber todo lo que yo ignoraba? Yo que soy lo más grande que hay despues de Dios, no pude ser semejante al Altísimo; y ¿he de tolerar que él lo sea, ha blando infaliblemente de sus secretos y sus misterios? No; levantaré contra él nuevos Desiderios de Lombardía, nuevos Eoriques y Barbarojas, nuevos condestables de Borbon, y nuevos prófugos de Elba, y veré lo que le aprovecha su infalibilidad.

Si, debemos decirlo: *el infierno*, como dice Isaías, se ha conturbado en sus cavernas al salirle Dios al encuentro, y ha decretado suscitar á los gigantes. (2) Y así como aconteció en Egipto, que se volvieron necios los príncipes de Taneos, y estúpidos los consejeros de Faraon, (3) así ha sucedido ahora. *Egipto ha sido engañado*. (4) Cuanto está pasando en Roma, segun lo refiere el Santo Padre, (5) lamentándose de tantas iniquidades como allí se cometen, desde que la revolucion invadió la ciudad santa, nos hemos de persuadir, de que es la gran protesta de Lucifer contra el dogma sagrado que el Santo Concilio Vaticano acaba de declarar. Quizás para suscitar una gran tormenta, este astuto calculador de lo que puede suceder, cuando se llegan á sobreescitar las pasio-

- [1] Div. Leo. Magn., Serm. XI de Passion Dom.
 [2] Isa., cap. XIV v. 9.
 [3] Is., cap. XIX, v. 11.
 [4] Ibid., v. 13.
 [5] Encíclica *Respicientes ea.*

nes de los grandes del mundo, arrojó en medio de la sociedad una tea incendiaria, que abrasase en iras y furores á dos grandes colosos, para conseguir que, como dice Jeremías, se viniesen á las manos *los fuertes con los fuertes*, y ambos se arruinasen, (1) y entre tanto la revolucion y sus armados, que solo confian en sus caballos y carros de guerra, dijese con ufana impiedad: *el Señor no lo ha de ver: ni lo ha de entender el Dios de Jacob*: (2) llegó nuestra hora: *oprimamos de una vez al varon justo desamparado en su pobreza: no respetemos las canas de los muchos años: sea la fuerza que tenemos, la ley de nuestra justicia, y reputemos por cosa inútil lo que es débil*. (3) ¿Quién lo duda? El inspirador de los engaños y de ciertos amaños, amasados entre dolos y simulaciones hipócritas, no anda lejos de los congresos tenebrosos, de los cuales huye la honra del príncipe, y la noble y franca conversacion del hidalgo. El tiempo lo esclarecerá todo; pero quien conozca un poco lo que es la malicia de Satanás, motivos tiene para creer, que él ha andado entre los que se confabularon, para llevar los negocios mundanos á un punto convenido, en el cual por medios inícuos se consiguiese últimamente, que se dejase abandonado al Vicario de Cristo.

No dudamos bajo ningun concepto publicar los verdaderos razonamientos de Satanás cuando nos atrevemos á decir los que tuvo en su furiosa rábida, al ver consumada la obra admirable del diez y ocho de julio del presente año. El Papa, dijo hablando con sus ministros, ha sido declarado infalible por los pastores de la Iglesia católica. ¡Temerarios! ¿Quién ha oido jamás tanta necedad? ¿infalible un hombre, cuando nos equivocamos nosotros en cuanto intentamos hacer contra el hijo de Nazareth? ¡Soñadores! ¿De dónde les ha venido á esos Obispos ese don que se arrojan de declarar á su Papa, sol que da luz á los planetas, ó manajo de trigo, delante del cual se inclinen los demás: y le adoren como á Vicario de ese

- (1) Jer., cap. XLVI v. 12
 (2) Ps. XCIII, v. 7.
 (3) Sap., cap. II, vv. 10 á 17.